

FRAY GERUNDIO.

Angelitos de Dios.

Así vea yo mi gerundiano lecho á la hora de la muerte rodeado de espíritus angélicos, como me he visto estos días en el despacho gerundiano circuido de una nube de ángeles corpóreos, de estos que llaman patudos, con bigote ademas, pera y patillas, cuales no se conocieron el día de la creacion. Angeles que aunque tienen plumas no tienen alas, en razon á que en lugar de tener las plumas arraigadas hácia el torax ó parte dorsal, las tienen sueltas y de quita y pon en la mano. Angeles en fin de la clase de em-

pleados, escribientes y oficiales. En una palabra, los nueve ángeles de la direccion de amortizacion de que mi paternidad hizo mérito en la capillada 350, los cuales asi parecen dispuestos para manejar la péñola en una oficina como abonados para embrazar la tizona ó hacer la carga de fusil en once voces en las filas de la milicia nacional, á la que pertenecen desde su creacion.

Jamas en las casas de Abraham, de Isaac, ni de Jacob se aparecieron tantos ángeles juntos como en la celda gerundiana. Preguntado por mi reverencia á los angelitos el objeto de su mision, le fue cada uno de ellos esponiendo, por órden de gerarquias y de coros, los méritos que sin duda se tuvieron presentes para hacer la *ascension* de que se habló en dicha capillada. Todos ellos parece que estaban bastante postergados en la carrera angelical, habiendo dejado de ascender varios escalones á causa de haberles puesto delante los ministros anteriores ciertos angelitos de Dios, de estos que en lugar de ir á la escuela á aprender á escribir, han sido embutidos en las oficinas á aprender á cobrar, ó bien otros ahijaditos de los hermanos gefes que de buenas á primeras suelen ser incorporados en la clase de serafines ó querubines sin pasar por las gerarquias inferiores de ángeles, arcángeles, potestades y principados. Asegúranle á Fr. GERUNDIO contar diez ó doce ó mas años de servicio angelical, y si bien confiesan ellos mismos que varios de los compañeros que han quedado postergados tienen merecida la *ascension* antes que algunos de ellos (que es precisa y únicamente en lo que consistia la queja de Tirabique), pero este es cosa que ni ellos podian ni á ellos les tocaba remediar.

Con motivo, pues, de la visita de estos angelitos,

y estando como debe estar próximo el arreglo ó des-
arreglo personal del ejército de ángeles que en las
oficinas sirven de cerca ó de lejos al trono de la Niña,
como los verdaderos ángeles al trono del Altísimo, á
consecuencia del cercen que han llevado los presu-
puestos; y suponiendo que con esta ocasion se em-
prenderá entre los ángeles buenos y malos una guerra
no menos cruda que la que nos describe el hermano
Milton, sobre quién ha de quedar en el Paraíso de
los empleos, y para quién ha de ser el empleo su Paraíso
perdido, me ha parecido, á mí FR. GERUNDIO (que
tambien soy un angelito de Dios, aunque por otro
estilo), que no estará demas hacer á los seis angelotes,
en cuyas manos está la distribucion de las frutas del
Paraíso terrenal de los destinos, algunas adverten-
cias gerundianas dirigidas á que no queden los án-
geles malos dueños del árbol de la vida, y acaso los
ángeles buenos sean los que se queden sin probar las
frutas del Eden, que todo hay que recelarlo en estos
diabólicos tiempos de los seis angelones del coro mi-
nisterial.

Por el angel de la guarda,
si angel de guarda teneis,
vosotros seis,

mirad bien lo que os haceis,
no tengamos zalagarda.

Que hay ángeles buenos,
y hay ángeles malos;
no caigan los fieles,
y queden los diablos

Sí, hermanos míos; viendo estoy aprestarse á la
batalla las numerosas legiones de ángeles que militan
bajo las órdenes de los seis caudillos que presiden y

:

mandan en jefe en el olimpo de los empleos. Un número considerable de ángeles tiene que salir del Paraíso y pasar al cementerio de las cesantías. La trompeta del arreglo suena. El ángel de la *Intriga* recorre las huestes con la tea de la rivalidad en las manos, é introduce la confusion en las filas. El ángel de la *Lisonja* dirige su vuelo hácia los seis presidentes, y con risueño y afectado rostro y con melosas y estudiadas frases, zumba en derredor de los oídos de cada uno, y arenga en favor de la hueste de sus protegidos. El ángel del *Favor* desnuda la espada contra el ángel del *Mérito*: *Luzbel*, jefe de la inmoralidad, seguido de una falange de adictos, intenta triunfar de *Gabriel* que capitanea la legion de los ángeles de la probidad y la pureza. Una turba de cobardes y oscuros angelotes acaudillados por *Satanás*, enemigo de la libertad, trata de armar una emboscada para arrojar del Paraíso á una hueste benemérita mandada por el ángel del *Pronunciamento*. El ángel del *Pronunciamento* se apercibe de ello, pega un puntapié á *Satanás*, y le dice: «árre, só tuno, que no espuse yo un día mis tropas para que vinieses tú á aprovecharte del fruto de nuestros esfuerzos.»

Viendo estoy al ángel de la *Usurpacion* á la cabeza de una cohorte de imberbes muchachuelos intentando escalar el puesto que ocupan las compañías de ángeles veteranos encanecidos en el servicio del Estado. Los veteranos les fruncen el ceño, y con indignada voz, «fuera del Paraíso, só mocosos, les dicen; ¡habráse visto los trastuelos! ¡no saben todavía dónde tienen su mano derecha, y ya traen ínfulas de arrojarlos de nuestros puestos, á nosotros que no»

han nacido y se nos han caído los dientes aquí la *Lucifer*, ángel de la ignorancia y las tinieblas, y *Rafael*, ángel de la instrucción y de la luz, se miran, se observan, y se preparan á luchar cada uno con su fuerza respectiva.

Todos fundan las esperanzas de su triunfo en la protección que esperan de los seis Presidentes del Paraíso, unos fiados en la justicia de su causa, y otros en la sorpresa ó la flaqueza de los gefes. Por lo cual **FR. GERUNDIO** no puede menos de repetirles una y otra vez.

Por el ángel de la guarda,
si ángel de guarda teneis,
vosotros seis,
mirad bien lo que os haceis,
no tengamos zalagarda.
Que hay ángeles buenos,
y hay ángeles malos;
no caigan los fieles,
y queden los diablos.

No pudiera, hermanos ministros, presentarseos ocasión mas oportuna para limpiar el Paraíso de los empleos de los ángeles inútiles ó perjudiciales y conservar en él á los útiles y beneméritos. Pero ¡ay de vosotros si os dejais seducir por el ángel de la *Lisonja* ó del *Favor*! ¡ay si protegéis en la lucha á los diablos de la *Intriga*, del *Oscurantismo* ó de la *Inmoralidad*, y retirais vuestra ayuda á los ángeles del *Pronunciamento*, de la *Pureza* y de la *Instrucción*!

Por el ángel de la guarda,
si ángel de guarda teneis,

vosotros scis.
mirad bien lo que os haceis,
no tengamos zalagarda.

Una bofetada.

Una bofetada siempre ha sido una insinuación así un poco bestial que digamos: es el suplemento á la coz, ó sea la coz elevada á la esfera de brutalidad humana. Cuando el hombre carece de *cacúmen* para convencer á otro por medio de la razón, cuando no tiene ó no alcanza argumentos racionales y filosóficos para impugnarle, se acuerda que tiene una mano, la vuelve, sacude, é impugna la mejilla del prójimo: este género de argumentación se llama *bofetada* ó *bofetón*; si bien entre *bofetada* y *bofetón* encuentran los autores una diferencia notable, pues el *bofetón* es una especie de cachete consolidado que tiene un cinco por ciento de valor sobre la simple *bofetada*.

Los bofetones son como los votos, que los hay simples y privados, y los hay públicos y solemnes: y pocos habrá tan solemnes y tan públicos como el que sacudió el día 15 en la Rambla de Barcelona el hermano Sancho, teniente de la guardia real, al hermano Seijas Prado, redactor principal del *Constitucional*. Tan solemne ha sido, que así como el otro dijo: «yo haré una campana cuyo tañido se ha de oír en todo el mundo,» así el hermano Sancho puede decir: «yo he dado una bofetada que se ha,

hecho oír, no solo en toda España, sino en todo el orbe.» Pero no es extraño, porque la bofetada no fué al carrillo de Seijas, sino al art. 2.º de la Constitución. Es el caso que en el *Constitucional* de Barcelona se habían publicado hace algun tiempo varios artículos sobre la necesidad y el modo de reformar la guardia real: estos artículos, habian sido impugnados de una manera sucia en un café, es decir, habian sido manchados con sustancias que no es decente nombrar. Volvió el *Constitucional* á publicar otros nuevos artículos en que se atacaba todavia mas de frente á toda la guardia: sale aquel dia de paseo el mencionado redactor, y en la Rambla, que es el mas público de Barcelona, es saludado por el susodicho teniente con una bofetada sacudida por detrás. A tan brusca insinuacion vuelve el redactor la vista, y se encuentra con otro no menos filosófico argumento, con la punta de la espada del oficial puesta á su pecho. El acometido no lleva mas que su baston de paisano, y al verse con armas tan desiguales le propone al ofensor que le permita ir á buscar su sable, y se batirán á lo caballero. Sepáralos la gente, las partes contendientes se retiran, la voz del atentado cunde rápidamente por toda la ciudad, reúnen grupos en actitud de vengar el ultraje hecho á la libertad de imprenta, publicase una hoja volante llamando á las armas á los amantes de la libertad, pásanse oficios las autoridades, reúnen el ayuntamiento, convócase la milicia á toque de generala, pónense sobre las armas las tropas de la guarnicion, entran en la ciudad nuevo batallones del ejército, y Barcelona presenta el aspecto de una ciudad en estado de guerra; ¡y todo por una bofetada!

¡Oh profundidad del tesoro de la sabiduría y de la ciencia del Señor! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán insondables sus disposiciones! ¡Por cuán ocultos caminos, y por cuán impenetrables vías conduce los sucesos en este mundo sublunar! Dos días antes que llegara á Madrid la noticia de los acontecimientos de Barcelona, la capital de la monarquía fué testigo de otro poco menos ruidoso y de mas funestos resultados que el de la capital de Cataluña. Las tropas de la Guardia Real que iban á hacer el servicio de la guardia de Palacio, pasaban por la Puerta del Sol. La música tocaba una marcha guerrera; los bizarros soldados marchaban con el marcial continente que han sabido adquirirse en la escuela de las campañas, y que escita el embeleso y admiracion de los españoles y la envidia de los estrangeros; la guardia de nacionales del principal se hallaba formada... cuando un feróz animal, un toro se presenta delante de las filas; y como si en su brutal ignorancia quisiese achacar á todo el cuerpo el atentado de un solo oficial contra la libertad de imprenta en Barcelona, y como si hubiese recibido mision especial de los que desean la supresion de la Guardia, arremete con la fila de gastadores, y voltéa á su sabor y talante á uno de ellos; embiste con la banda de tambores, páte á las filas de soldados, hiere, maltrata, derriba, pincha, cornéa y atropella; entra el desórden y la dispersion; en vano calan bayoneta aquellos valientes: los músisos corren por un lado, la banda de tambores por otro, los gefes y oficiales se esfuerzan inúltimente por conservar el órden y ponerse en defensa, las tropas los abandonan, los habitantes consternados cierran las puertas de sus tiendas y sus ca-

nas, y el fiero animal queda dueño del campo, enseñoreándose en el sitio en que estaba la columna de la Victoria, hasta que le pareció oportuno retirarse; siendo el resultado de esta refriega haber quedado un tambor y varios soldados fuera de filas.

El bruto no respetó á los bravos que tantos días de gloria han dado á la patria, y los vencedores de cien combates, y los condecorados con cien cruces de gloria hallaron su derrota en la Puerta del Sol de Madrid, en el sitio donde estuvo la estatua de la Victoria y el monumento de la Paz, y poco les faltó para haber quedado en las astas del toro. ¡Oh bruto, bruto! Si la Guardia necesita reforma. ¿es el modo de hacerla atacarla en globo para destruirla bruscamente? ¿Te parece justo que los que tanta sangre han derramado por la libertad hayan de quedar en las astas del toro? ¿Te parece prudente vengar brutalmente en el cuerpo el brutal ataque que un oficial ha dado á la libertad de imprenta en Barcelona?

Pero ¡oh bruto de mí tambien, que estoy apostrofando á un toro como si fuese un animal de razon! Volvámos, volvámos á los sucesos de Barcelona. La actitud de alarma en que dejámos aquella ciudad terminó felizmente, gracias á las medidas tomadas por las autoridades, y al juicioso comportamiento de aquella benemérita milicia que con su conducta ha dado otro *solemne bofeton* á los que de anarquistas pretenden tacharla. El abofeteante quedaba asegurado y puesto bajo la ley: el abofeteado seguia pidiendo en sus artículos justa venganza del atentado, si bien en términos mas virulentos de los que la generosidad de un liberal aconseja, y dígoselo por lo mismo que es amigo mio; la autoridad militar se manifestaba dispuesta á imponer al agresor el condigno castigo, y los ge-

fes y oficiales del 2.º regimiento de la Guardia habian dado un manifiesto en que procuraban recomendar los servicios de su compañero para atenuar la animosidad é indignacion levantada contra él.

Y yo FR. GERUNDIO, que al propio tiempo que recuerdo con gratitud los eminentísimos servicios que á costa de su sangre ha hecho la Guardia á la causa de la libertad, recuerdo tambien que hay en ella gefes de los que perseguian á los oficiales que des-puntaban de progresistas, y que prohibian á los músicos tocar himnos patrióticos, prescindo ahora de este punto, y solamente me dirijo al oficial de la bofetada, y le digo:

Es, Sancho, tu bofetada
bofetada personal,
es in-constitucional,
y es ademas, bien mirada,
una insinuacion brutal.

Que el vengarse á bofetones
no es decorosa venganza;
deten, Sancho, tu pujanza,
pues semejantes razones
no las diera Sancho Panza.

OTRO LANCE BOFETONESCO VEL CUASI.

Anda por Madrid muy válida la voz de que ha ocurrido dias pasados otro lance muy parecido al de la bofetada de Barcelona. Este lance dícese que ha te-

nido lugar entre el general LEON y FR. GERUNDIO. Y es tanto lo que ha cundido esta noticia, que no sale mi paternidad á la calle ni viene un prógimo á la celda, que no sea mi reverencia interpelado con alguna de estas preguntas: «¿es cierto que ha tenido vd. un disgusto con el general Leon? Diga vd. FR. GERUNDIO; ¿ha habido algunas contestaciones entre el general Leon y vd.? Tenía gana de ver á vd., P. FR. GERUNDIO: francamente, ya sabe vd. que le aprecio, ¿es verdad que le ha desafiado á vd. el general Leon? Dígame vd., amigo FR. GERUNDIO, ¿ha tenido vd. alguna desazon estos dias?—¡Yo desazon!—De modo que nada tendria de particular; me habian dicho que habia tenido vd. no sé qué choque con el general Leon?» Oiga vd., Reverendo; una palabra. Hombre, ¿qué es lo que ha habido con el general Leon?» Amigo, vengo á que me diga vd. que es lo que ha pasado, porque me acaban de decir que habia vd. recibido un ataque brusco del general Leon.» Con que diga vd. FR. GERUNDIO, ¿que fué eso del general Leon?»

Y me tienen hace ocho dias divertido con el general Leon. Muerto me caiga en el instante que esto escribo, hermanos mios, si sabía que el dichoso general Leon estaba en Madrid hasta que dicen que he tenido este disgusto con él. Ni yo he dicho una palabra de semejante hermano que pudiera dar ocasion ó pretesto al disgusto, ni me he acordado de si existia entre los vivientes, ni creo que el general Leon se haya acordado de FR. GERUNDIO mas que FR. GERUNDIO de él.

Pero no por eso dejan los curiosos de referir circunstancias y pormenores del caso, aunque con

bastante variedad entre los autores. Unos dicen que me acometió en el café de *los dos Amigos*, y que me dejó un billete de desafío; otros añaden que esta no fue sino después de haberme dado un golpe en el sombrero que me le hizo entrar hasta la boca. Primera falsedad; puede que haga siete meses que ni bebo, ni cómo, ni hablo, ni pablo, ni entro siquiera (hasta anoche) en el café de *los dos Amigos*: segunda falsedad: no era posible que el sombrero entrase hasta la boca, porque tengo una ración de narices mas que suficiente para no permitirle bajar á tanta profundidad. Otros dicen que fué en el café del *Príncipe*, otros que en la misma celda gerundiana, otros que en la calle, y otros que en el paseo.

Quien haya sido el necio ó el mal intencionado que en su holgazanería se haya entretenido en inventar tan estraña especie, ni lo sé, ni me cuido de saberlo. Lo notable es que la primera noticia la tube nada menos que con referencia á un grupo de Senadores, que estaban debatiendo esta grave cuestion de interes general en el edificio de las sesiones. Y luego dirán que los sesudos ancianos no se emplean en cosas de provecho.

Por mi parte he satisfecho á la chismografía y novelaría de Madrid, que por lo visto la hay en mas alto grado del que se podria imaginar. Y lo he hecho, no por lo que á mi paternidad gerundiana toca, sino por lo que podria perjudicar el dejar sin desmentir esta tontuna á la buena opinion y fama del general Leon, á quien supongo incapaz de emplear en ningun caso este género de ataques bruscos y sombrereros. ¡Válgame Dios y cuán novelera y cuán bolera es la corte de la capital de las Españas!

ESTE SI QUE ES UN HECHO CIERTO.

Para que vean vds. como á la manera que desmienta lo falso é infundado digo lo verdadero y lo cierto sin aguardar á que me lo pregunten, tengo la satisfaccion de participar á vds. que en la mañana de ayer tube el honor de recibir la siguiente atenta comunicacion del apreciable jóven diputado á Cortes don Juan Prim, tal como vá con sus puntos y comas, letras y tildes.

«Sr. Redactor del FR. GERUNDIO.—En la capilla de 20, separándose vd. del círculo de la política me insulta vd. mesquina é infamemente con el apodo de *Primque* (1) con que me nombra, y como yo no soy hombre que se deje insultar impunemente; espero se servirá vd. rectificar aquella indecente calificacion, pues de otro modo, prescindiendo de que vd. sea escritor público y yo Diputado, tendré el disgusto de exigirle otra clase de satisfaccion propia de un caballero; ó escupírle á vd. á la cara en cualquier parte donde le encuentre.—*Juan Prim.*»

A cuya fina y atenta carta mi paternidad reverenda ha acordado dar sin pérdida de capillada la contestacion siguiente.

«Señor D. Juan Prim.—Siento que vd. haya padecido una equivocacion tan *sustancial* como la de atribuirme á mí el haberle dado el apodo de *Primque*, siendo asi que fué cosa de *TIRABEQUE*, como vera tomándose la molestia de volver á leer la capillada. Por lo mismo no era yo, sino mi lego, á quien pertenecia contestar á su muy apreciable y favorecida. Pero haciéndonos cargo los dos de mancomun, que al fin sea como quiera es vd. un diputado de la nacion, se ha servido darme un voto de confianza autorizán-

(1) Dispense vd., que no era *Primque*, sino *Pringue*.

dome competentemente para decir á vd. en su nombre; que el dictado de *Pringue* con que á vd. nombró no fué su ánimo aplicársele por via de apodo, sino que creyó que *Prim* era muy corto y muy *insustancial* para diputado, y por eso y por no haberme percibido á mí bien, le pareció oportuno añadir un *gue*, resultando así, no un insulto ó una calificación indecente (1), como á vd. le ha parecido, sino un apellido mucho mas sustancioso y de mas agradable condimento. Por lo mismo dice que si es empeño de vd., no tiene inconveniente en dejar el *Prim* á secas, ó bien aderezarlo con otra cualquiera salsa, la que vd. se sirva escoger, pues es materia en que tiene algunos conocimientos.

«Si vd. no se dá por satisfecho con esta rectificación,..... será una prueba de que esta rectificación no le satisfacă á vd.; y en ese caso se servirá vd. decirme qué otra clase de satisfacción propia de caballero será la que tenga vd. el disgusto de exigirme, pues en cualquiera que sea, viniendo de vd. me parece que me dará un rato divertido, porque no sabe vd. lo que á mí me divierten estas cosas; menos eso de escupir á la cara, porque esa es acción que desde que supe que la habian ejecutado los judíos con nuestro divino redentor me pareció muy mal, y ademas la tengo por poco decente y muy pringosa. ¿No conoce vd. que si nos encontráramos en la calle y principiáramos á arrojarnos escupitina, íbamos á hacer una figura muy fea, y que se reirían de nosotros los que pasaran por allí? Cuanto mas que la saliva es un humor muy necesario para la digestión, y el mucho salivar es tambien nocivo al pecho; y así tengo por mejor que vd. la trague que no el que se deshaga de ella por una tontería.

Por una tontería, si señor; porque parece imposible que un diputado de la nación se muestre tan puerilmente niño, que teniendo en la misma capillada

(1) ¿Quién ha dicho que *Pringue* es una calificación ni decente ni indecente? Calificación es el acto de calificar, y *pringue* es una sustancia ó jugo; y no sé yo en qué se parezcan uno á otro.

cosas mas hondas que pudieran y debieran llamarle la atencion, haya vd. parado mientes en el despreciable é insignificante equívoco de *Prim y Pringue* puesto en boca de un lego, frecuente equivocador de vocablos. Crea vd. que me ha dado lástima ver á un representante de la nacion tan profundamente afectado con una futilidad tan frívolamente frívola. Y yo sería igualmente frívolo, ó sobradamente tonto, si me detubiera mas en tan frívola frivolidad, que no mereciera pringar la pluma de un *TIRABEQUE* cuanto mas la de un Diputado á cortes como vd. y la de un escritor público como—FR. GERUNDIO.

Apunta, Pelegrin.

¿Qué apunto, señor?—Apunta esa partidilla á la cuenta de presupuestos.—Vaya vd. diciendo, mi amo.—Apunta, hombre.—Ya apunto, señor.—Ahí, hombre, ahí, en la partida de ingresos. Diez millones menos que se han recaudado en el mes de junio respecto de otros meses.—Señor, ¿y son estas las economías que vamos haciendo?—¿No te dije el día pasado que no consistía en ahorrar, sino en saber como se ahorra para que no perdiéramos por un lado mas de lo que se ganaba por otro?

Apunta, PELEGRIN.—¿Qué apunto, señor?—Apunta esa nueva merced de los ingleses.—Señor, ¿no dijo el ministro de Estado anteanoche que ya nos iban dando satisfaccion?—Apunta, PETEGRIN. El día 16 acometieron 18 *aliados* de los de Gibraltar con sable en mano á una barquilla nuestra que se hallaba fondeada á medío tiro de pistola del punto de S. Felipe

y arramblando con barquilla y marineros se los llevaron á bordo del navio ingles, y alli los tuvieron desde las dos de la mañana hasta las dos de la tarde.—Señor, esto no se aguanta ya.—Apunta, PELEGRIN, que esas son satisfacciones que nos van dando.

Apunta, hijo, apunta.—¿Qué apunto, señor?—Apunta, sesenta oficiales del regimiento de S. Fernando existente en Lérida que se han dado de baja en el hospital por poder comer la racion. Apunta, PELEGRIN: en las cajas de todas las dependencias de aquella capital habia metálico de sobra, segun le dicen á tu amo.—Señor, ¿y para cuándo quieren aquel dinero?—Aquello se guarda para mejor ocasion.

Apunta, PELEGRIN.—¿Qué apunto, señor?—Apunta una camarista que se espera en palacio hoy ó mañana para que dé la enhorabuena al Tutor de parte de la hermana Cristina. Ayer se le estaba habilitando el cuarto. Es sobrina del administrador del Pardo que acompaña á la Reina Madre en Paris.—Señor, este apunte le agregaré á los que tengo aqui en este legajo para el hermano Argüelles.—Bien está.

Apunta, PELEGRIN.—¿Qué apunto, señor?—Apunta que el hermano Regente....—¿Qué ha hecho, mi amo?—Apunta, que sigue sin novedad en su importante salud.—¿Y que mas apunto, señor?—Nada, por hoy no apuntes mas.

Editor responsable, F. de S. FUENTES.

MADRID.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

CALLE DEL SORDO, NUMERO 11.